

[Home](#)
[Nosotros](#)
[Archivo](#)
[RSS](#)

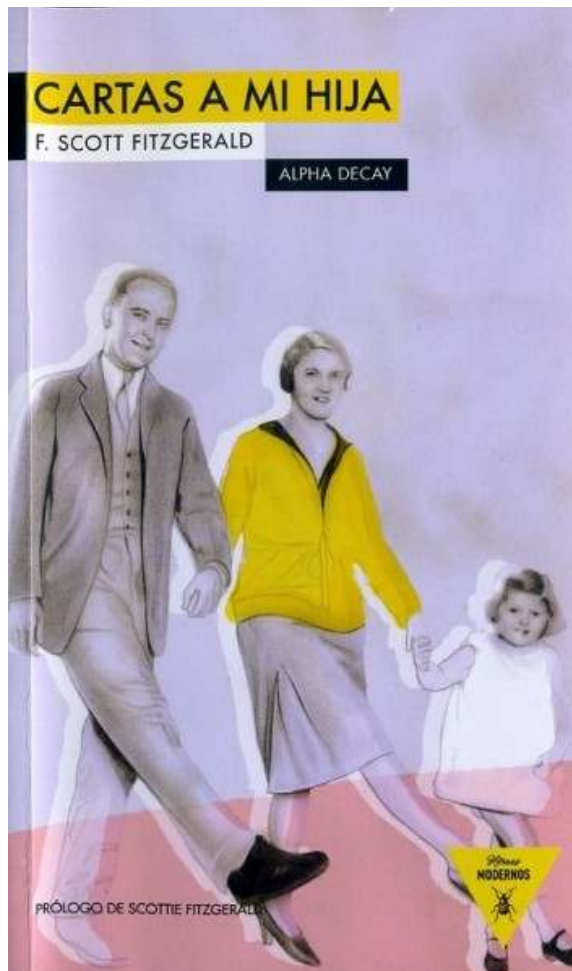
Reseña: F. Scott Fitzgerald

No quiero ser la hija de un escritor famoso

Por Claudia Apablaza

10 oct

Este post fue escrito el 10/10/2013 y está archivado en [Crítica](#), [Uncategorized](#) taggeando [Alpha Decay](#), [Cartas a mi hija](#), [Scott Fitzgerald](#), [scottie fitzgerald](#). Sigue los comentarios [con el RSS incluido para este post](#). [Escribe un comentario](#) o [deja un trackback: Trackback URL](#).



Freud, Lacan, Melanie Klein, Joyce, Donoso y un sinfín de pensadores y artistas han intentado meterle en sus cabezas el imaginario personal a sus hijos, como si se tratara de alumnos o discípulos y la función paterna fuese como una continuación de sí o del proyecto personal de obra. Casi siempre las consecuencias son desastrosas y pobres, no sé los motivos, ahí habría que pensar

en la configuración psíquica de un sujeto, en la construcción de su identidad y estructura. Este libro, ***Cartas a mi hija***, es un ejemplo de esa crueldad, las cartas que **Fitzgerald** le envió a su hija durante siete años, cartas sostenidas desde el 8 de agosto de 1933 hasta diciembre de 1940, y nos muestran cómo es que un padre obliga a una niña, mujer, adolescente a escribir como lo hace él mismo, pero sin usar además y nunca el nombre del padre, que no vayan a robárselo, ya que el público lector podría confundir al autor original con el nombre de su hija. Menudo material fresco para cualquier psicoanalista.

Una de las virtudes de este libro es el eje desde el cual un sujeto que es escritor o artista puede y debería preguntarse su paternidad y los resabios de ella. El ejercicio de la formación del otro. Cómo un sujeto puede intentar manipular a otro, maltratándolo psicológicamente en su estado de formación y tratando de forzar una estética, lenguaje y lecturas; pensando la obra como un caso cerrado en sí mismo, manipulando y controlando todos los rincones de la creación y posibilidad de plasmar del otro, con el fin de extender la obra más allá de un vínculo emocional-corporal y esperando que como en un casi estado psicótico el hijo sea ya no el reflejo sino que sea el sí mismo extendido, en proceso: un libro en blanco abierto, listo para rayar.

Pensar al sujeto como una tabla rasa en que la mente y la configuración de sí no tiene características innatas, todo es carga de lo que el padre instala en el otro, asumiendo así una carga ética de consideraciones mayores en la formación de alguien, que en el caso de Fitzgerald está teñido además por su capacidad de inventiva, ficción, y querer trascender además en su pobre hija. “Me pregunto si has leído algo este verano: es decir, algún buen libro, como ***Los hermanos Karamazov*** o *Diez días que estremecieron al mundo* o la *Vida de Jesús* de Renan. Nunca me hablas de tus lecturas, salvo de aquellos fragmentos que trabajáis en la universidad, esos trocitos pequeñitos que te enseñan por obligación. Sé que leíste unos cuantos libros de los que te regalé el verano pasado; luego, del tema, nunca más se supo. Por ejemplo, ¿has leído *Le Père Goriot* o ***Crimen y castigo*** o siquiera *Casa de muñecas* o *San Mateo* o *Hijos y amantes*? Es imposible formarse un buen estilo a menos que te empapes de media docena de escritores de primera fila cada año.”

Por otro lado, se ha dicho que este libro es en parte una escuela de escritura por cartas, por encargo. En cada una de las cartas que Fitzgerald le envía a su hija está clamando por su formación literaria, le dicta los autores que leer, los textos que escribir, pero, a la hora que la hija decide formarse, le tira por el suelo su formación. Estableciendo así un juego doble vincular, que es un juego delicado a largo plazo para la configuración de alguien que se está estructurando: “Me trae sin cuidado lo inteligente que sea la otra profesora; es imposible tener una conversación sobre la prosa moderna a un nivel más alto que el de una mesa de té. En tres horas te puedo contar todo lo que ella sabe y te garantizo que cualquier cosa que digamos nosotros será casi un despropósito, porque nuestros juicios estarán condicionados en su práctica totalidad por las

reacciones que nos suscite el tema. Es una asignatura para señoras de club de sociedad que desean profundizar después de Rebecca y Scarlett O'Hara...

Entiéndase, creo que las asignaturas de poesía que hiciste en la escuela (y leí los temarios) no eran más que ñoñerías totalmente afeminadas.”

Este juego doble vincular se demuestra explícito y en su grado más alto cuando le pide que no use más su nombre, pero, y como dijimos al principio, le está diciendo a la vez todo el tiempo que sea como él: “Ahora ya no tiene remedio, pero en lo sucesivo hazme el favor de presentarte en cualquier cosa que escribas con un nombre que no suene como el mío. Seguro que estabas desesperada por esos cincuenta dólares ...”. También en esta otra carta: “Que te presentes como Frances Scott Fitzgerald me empuja un poco a un segundo plano. Llama la atención sobre el hecho de que pertenezco a otra generación, lo cual no es bueno, ya que espero sacar un libro importante en un año. No tengo otro reparo. Me temo que Frances Scott Fitzgerald puede llevar a cierta confusión. ¿Qué te parece a ti?”

De esta forma, Fitzgerald demuestra a cada instante en estas cartas la hiper exigencia que pone sobre su hija, que ni siquiera sabemos si quería ser escritora. Ensayaba textos por ahí y por acá e intentaba cobrar algo por ellos a algunas revistas, sobrevivir. Pero como la voz de la hija casi no aparece en este libro, salvo en el prólogo y de una forma brutal, denunciando el genio que era su padre y además la incapacidad que tenía para leerlo por ser tratada como una hija imaginaria o como dijo Malcolm Cowley: “Fitzgerald no escribía estas cartas a su hija en Vassar, sino a sí mismo en Princeton”. Por esto mismo Scottie abría las cartas, buscaba el cheque y las tiraba en un rincón sin leerlas. Entonces, sólo podemos seguir la línea del padre en estas escrituras, lo que nos instala en la situación de que estamos bajo un soliloquio sádico, en el que la otra voz no aparece nunca, voz que tal vez le habría dado otro toque a un libro como éste, pero que fue publicado y editado así por el compilador, mostrando el lado más cruel de este escritor.

La misma hija, Scottie, que eleva sólo su voz en el prólogo de este libro, alude al monstruo que era su padre. Nos dice que en su próxima reencarnación no quisiera ser la hija de un escritor famoso, que son insufribles, que nadie los puede ayudar: “La gente que vive por entero de la fertilidad de su imaginación es fascinante, brillante y a menudo encantadora, pero es preferible tenerlos por compañeros de mesa en una fiesta a tener que convivir con ellos. Imaginad que vuestra felicidad depende de un **Bernard Shaw** o de un **Somerset Maugham**, y no digamos de una estrella actual como **Norman Mailer**. Tengo la impresión de que la única gente igual de insufrible que los escritores son los pintores”.

En fin, otros temas circulan además en este libro alucinante, como dijimos en un principio, en relación a todo lo que un padre escritor puede llegar a hacer con su hija en formación. Como por ejemplo con quién tiene que salir, en qué

tiene que gastar el dinero, con quién debería casarse: “Cásate con alguien que no se confunda demasiado con la multitud”. Cómo cuidar el dinero: “Cuando tengas tiempo, hazme algo así como un presupuesto de lo que hiciste con el dinero que te envié. Entiéndase: calcula más o menos dónde fue a parar.”

Un libro durísimo en su contenido, pero que demuestra con claridad la vinculación de un escritor famoso con su hija adolescente, cartas en donde se mantiene la prosa alucinante y la claridad del proyecto literario de lo que es Fitzgerald. Eso jamás estuvo en cuestión.

Cartas a mi hija

F. Scott Fitzgerald

Alpha Decay Barcelona, 2013

209 páginas



No hay otras entradas relacionadas.

Otros

Anterior: **Cuento favorito: Patricio Pron**

El escritor Patricio Pron (Rosario, 1975), cuyo último libro es “La vida interior de las plantas de interior” (Random House Mondadori, 2013) nos recomienda su cuento favorito: “Enoch Soames” del escritor inglés Max Beerbohm (1872-1956).

Escribe un comentario

Your email is *never* published nor shared.

Name

Email

Website

Comenta

Usa HTML tags y atributos como: <abbr title=""> <acronym title=""> <blockquote cite=""> <cite> <code> <del datetime=""> <i> <q cite=""> <strike>

Listo, es todo lo que tengo que decir